



# La educación cristiana de una Virgen

*El epistolario de S. Jerónimo es quizá la parte menos conocida de su obra. Y sin embargo estas cartas son, tal vez, las que nos dan la dimensión más humana del "más docto de los Padres latinos y del mayor erudito de su tiempo" en frase de ALTANER. ("Patrología". 3.ª edic. Madrid 1953. Pag. 301).*

*Elegir entre un acervo de cartas que llenan un volumen completo de la Patrología latina, es una tarea penosa. Nos hemos decidido por una carta ingenua y sabrosa; la carta a Gaudencio, noble romano. San Jerónimo, con un instinto sutil y un gracejo de estilo inigualable, va dando las normas pedagógicas para educar a la niña Pacátula, que había de ser virgen por estado y por consagración.*

*El autor escribe a fines del siglo IV, pero muchas de sus advertencias son sorprendentemente actuales.*

NUEVO Y VIEJO

**T**EMA difícil es el escribir a una niña, que no entiende lo que le dices, cuyo ánimo ignoras, de cuya voluntad es peligroso prometerse nada, de suerte, que según el exordio de un ilustre orador, "hay que alabar en ella más las esperanzas que la realidad presente".

Pues ¿cómo exhortaré a la continencia a una niña que no desea sino golosinas, que en el regazo materno balbucea con voz parlera; para la que son más dulces las mieles que las palabras? ¿Cómo puede oír las profundidades del Apóstol la que sólo gusta de los cuentos de viejas? ¿Qué gusto puede sacar a los enigmas de los Profetas la que se impresiona por el rostro ceñudo de una niñera? ¿Cómo puede entender la majestad del Evangelio, ante cuyos rayos se deslumbra todo el sentido de los mortales? ¿Cómo he de exhortar a que se someta al padre a la que con su tierna mano pega a su madre que se ríe?

Reciba, pues, nuestra Pacátula esta cartita para leerla más tarde. Entre tanto, vaya aprendiendo los rudimientos de las letras, juntando las sílabas, asociando nombres; y para que lea todo esto con voz sonora, prométansela confites y golosinas y cuanto es dulce de gustar; que la esperanza de recibir las flores de primavera, los brillantes cristales, las acariciadoras muñecas, avive su gusto.

Ensaye entretanto el manejar el huso con el dedo pulgar, rompa con frecuencia los estambres, para que después no los rompa. Después del trabajo dése a los juegos, cuélguese al cuello de la madre, robe los besos de los parientes, cante salmos por el estímulo de un premio; ame lo que se le obliga a aprender, para que no sea trabajo, sino deleite; no necesidad sino voluntad.

Suelen algunas, cuando ofrecen a una futura virgen, revestirla de oscura túnica y cubrirla de negro manto, quitarle el lienzo, sin permitirle ningún oro en la cabeza; y con buen acuerdo, no sea que aprenda a tener en la tierna edad lo que luego ha de verse precisada a dejar.

Otros piensan debe hacerse lo contrario, y dicen: "¿Por qué eso? Como si no hubiera de verlo en sus compañeras aunque ella misma no lo lleve". El sexo femenino es *filocosmon* (*amante del adorno*), y sabemos que muchas, aun de insigne honestidad, se arreglan para sí, aunque no sea para agradar a ningún hombre. Más vale que se sacie con su posesión y vea son alabadas otras que esto no tienen. Preferible es que lo desprecie después de saciada a que lo codicie por no tenerlo. (...).

Tornaré a mi propósito: el sexo femenino alterne con su mismo sexo; no sepa, y aun tema jugar con los muchachos. Ignore toda palabra impúdica, y si acaso en el barullo familiar oyere algo, no llegue a percatarse de ello. Un gesto de la madre téngalo como palabra y consejo, y aun como mandato. Amela como a madre, obedézcala como a señora, reverénciela como a maestra.

Cuando esta virgencita todavía sin juicio y sin dientes alcance los siete años de edad y empiece a sentir el rubor, a saber lo que ha de callar y a dudar de lo que ha de decir, aprenda de memoria el Salterio y hasta los años de la pubertad los libros de Salomón. Haga de los Evangelios, de los Apóstoles y de los Profetas el tesoro de su corazón. No salga libremente en público ni busque ser vista en las Iglesias. Tenga todas sus delicias en su aposento.

No vea nunca a los mancebos y a los jóvenes peripuestos; aléjense las muelles canciones, las que, filtrándose por el oído, hieren el alma, como también la licencia lasciva de las mujeres, las que cuanto con mayor facilidad son admitidas, más difícilmente se evitan, en secreto enseñan lo que aprendieron, violando los decires del mundo a la reclusa Danae. (1)

Tenga una institutriz por compañera, un aya por custodia, pero no muy dada al vino; no, según el Apóstol, ociosa ni charlatana, sino sobria, grave, que labre la lana y que sólo hable lo que forma para virtud el ánimo de una joven. Así como el agua sigue el curso trazado por el dedo en la arena, así la blanda y tierna edad es flexible a entrambas partes, y va adonde la llevas.

Suelen jóvenes lascivos y peripuestos buscar paso abierto por medio de sus nodrizas o por sus doncellas, usando de caricia, de afabilidad, de regalitos; y después de haber entrado suavemente, con esas chispas provocan incendios, y poco a poco llegan hasta la desvergüenza. Ruboriza el decirlo, pero ha de decirse: Mujeres nobles hay que, después de haber desdeñado a pretendientes aún más nobles que ellas, se unen con hombres de vilísima condición y aun con criadillos y, so capa de religión y sombra de continencia, abandonan a veces a sus maridos, las Helenas siguen a los Alejandro, y no temen a los Menelaos.

Se ven estas cosas, y se deploran, y no se vengan, porque la multitud de los que pecan suministra licencia para pecar. ¡Oh crimen! El orbe de la tierra se desploma, en nosotros los pecados no se desploman. La inclita urbe y cabeza del Imperio romano ha sido devorada por un incendio... En cenizas y pavesas hánse visto reducidas algunas iglesias; y, sin embargo, nos damos a la avaricia. Vivimos con quien ha de morir mañana, y edificamos cual si siempre hubiésemos de vivir en este mundo.

En tales tiempos ha venido a nacer nuestra Pacátula. Entre tales juguetes pasa su tierna infancia, aprendiendo antes las lágrimas que la risa, sintiendo antes el lloro que el gozo. Aun no ha entrado, y ya está saliendo. Piense que tal fue siempre el mundo. Ignore lo pasado, huya lo presente, anhele lo futuro.

Tu caridad, hermano Gaudencio, me impelió a dictar esto con tumultuoso estilo, escribiéndote como viejo a niño tras de larga ausencia, después de las muertes de amigos y del luto perpetuo. Preferí dar un poco al que me pedía en vez de negarle todo; porque en lo uno se reconoce la buena voluntad apesadumbrada por el luto; en lo otro se disimula la amistad. (2)



---

(1) Hija de Acrisio, rey de Argos, a quien su padre encerró en una torre de bronce

(2) Tomada de la edición del P. GERMAN PRADOS, benedictino de Silos, «*Cartas espirituales*». Traducción, prólogo y notas. Edición es Aspas, S. A. Madrid. Pág. 49-100.